



**ROSARIO TEY**

**CONSECUENCIAS  
DE UN  
HURACÁN**

# *Consecuencias de un huracán*

Rosario Tey

Esencia/Planeta

© Rosario Tey, 2019  
© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.esenciaeditorial.com](http://www.esenciaeditorial.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© Ilustración de la cubierta: Sophie Güet  
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Primera edición: septiembre de 2019  
ISBN: 978-84-08-21439-7  
Depósito legal: B. 15.774-2019  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Rodesa  
*Printed in Spain* - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



## Consecuencias

*Irene*

Siempre he creído en las señales. No sé si es porque traigo de fábrica una incauta querencia a hilvanar acontecimientos y justificar su misteriosa alineación o simplemente porque me niego a pensar que ciertas cosas en la vida se deben al puro azar y no hay ninguna razón mágica que las explique.

El caso es que yo me despertaba a diario tratando de encontrar una respuesta para todo. Y esa mañana, más que ninguna otra, intenté buscar una señal. Algo que me guiara en un momento de debilidad mental. Así que miré mi café y en el platito vi el sobre arrugado de azúcar. Lo sujeté con dos dedos y le di la vuelta, buscando uno de esos mensajes poéticos que suelen llevar impresos los sobrecitos. Frases del tipo de esta de Albert Einstein: «Una persona que nunca ha cometido un error nunca intenta nada nuevo».

Cualquier cosa que me hubiese dicho en ese instante aquel gran genio habría sido mejor que lo que me dictaba mi subconsciente. Al fin y al cabo, él sentó las bases de la física estadística y la mecánica cuántica. Y, aunque yo no tenía ni idea de lo que significaba ese logro, debió de ser importante. Porque si se trataba de una cuestión de estadísticas, un científico seguro que contabilizaría mejor que yo la cantidad de veces que me equivocaría a partir de entonces.

Sin embargo, en el arrugado papel que sujetaba entre mis dedos y observaba al más puro estilo Superman no había ningún men-

saje. Tan sólo leí un logo extraño y, debajo, con letras elegantes: TAPAS Y VINOS EL ARTESANO.

No. No había ninguna señal.

Y, sí, aquí empieza mi historia. Quizá comenzó un poco antes, pero sin duda fue a partir de ese lunes cuando me di cuenta de que la cosa se me estaba yendo de las manos.

Víctor Atienza Mendizábal. Mi jefe.

Admito que la primera vez que lo vi tuve una multitud de sentimientos encontrados.

Me resultó muy atractivo y detestable al mismo tiempo.

Probablemente porque me habría resultado más fácil odiar a otro jefe igual de arrogante y mandón pero con un físico menos agraciado. No obstante, así era Víctor. Una especie de adonis con ojos castaños y cabello azabache. Alto, atlético. Irresistible. Tan seguro de sí mismo que su presencia inmovilizaba todo lo que había a su alrededor.

Tenía unos dientes perfectos que muy pocas veces mostraba, dado que una vez que atravesaba las puertas de la clínica de fisioterapia no se molestaba en sonreír demasiado.

De la cafetería donde tomaba café cada mañana hasta mi centro de trabajo había unos escasos cien metros, que recorría a diario preguntándome qué me encontraría cuando cruzara el umbral.

No sabía cómo explicarlo. Lo detesté desde el principio. Jamás en toda mi vida había topado con una persona que fuera tan prepotente e irresistible en la misma proporción. Llevaba trabajando con él apenas dos meses, pero es que la primera semana ya estaba hasta el gorro de él. Yo era la recepcionista en una de las tres clínicas que tenía repartidas por la provincia. Y, exceptuando los sentimientos contradictorios que Víctor despertaba en mí, por fortuna ese empleo me dio la oportunidad de descubrir hacia dónde quería encaminar mi futuro. Desde pequeña siempre había soñado con hacer algo grande. Ejercer una profesión que me apasionara.

Veía a diario cómo Carlos, mi compañero, trabajaba con gente afectada por graves lesiones y comprendí que la fisioterapia era una alternativa terapéutica que ofrecía soluciones a graves problemas de salud en las personas.

Recuerdo el día que le dije a mi madre que me haría monja y me iría de misionera. Tenía quince años. Su respuesta fue una colleja y mandarme a recoger mi habitación. Supongo que estaba harta de oírme decir tonterías. La cuestión era que no supe a qué quería dedicarme hasta que empecé a trabajar en la empresa de Víctor y comencé a planteármelo. Curioso, ¿verdad?

Tenía veinticuatro años y, con un poco de empeño y constancia, antes de los treinta podría estar ejerciendo. Al menos, ése era mi objetivo.

Sólo que antes debía reparar algunos errores. Como, por ejemplo, el que cometí al no hacer las pruebas de selectividad. En aquella época habían despedido a mi padre del trabajo y la situación económica y sentimental de mi familia no pasaba por su mejor momento. No me quedó más remedio que colaborar y ponerme a trabajar en una tienda de ropa. Para complacer a mi madre, compaginé el empleo cursando un módulo de Formación Profesional de Secretariado que adornaba mi currículo. Fue una etapa dura en casa, pero lo superamos. Como siempre. Ahora debía prepararme las pruebas de acceso a la universidad. La nota de corte para el grado de Fisioterapia estaba bastante alta. Ese año, el examen sería en septiembre, a diferencia de otros, que se convocaban entre abril y mayo. Pensé que era mi oportunidad al contar con algo más de tiempo. Porque no me valía con aprobar. Debía estudiar mucho y concentrarme: ahí radicaba el problema.

\* \* \*

Mi relación con Víctor no era la propia de un jefe con su empleada. Habíamos empezado con mal pie nada más conocernos. Aun así, nos atraíamos, y eso no se podía ignorar. Me pasé semanas rehuyendo aquel sentimiento, negándome en silencio que me encantaba a pesar de que me parecía un arrogante y un antipático. La confirmación de que aquello empezaba a írsenos de las manos aconteció un viernes, cuando me olvidé el móvil en el trabajo y él se tomó la molestia de venir a mi casa a traérmelo. Me pareció extraño que una persona tan adusta y en ocasiones inaguantable hi-

ciese algo semejante. Sin embargo, aquella tarde entendí por su comportamiento y sus insinuaciones que su interés por mí era un tanto alarmante. Nuestro insólito flirteo fue intensificándose con el paso del tiempo.

La pelota se hallaba en mi campo y, en vez de ponerle fin al partido, no se me ocurrió otra cosa que provocar un tremendo penalti. ¿Cómo? Pues como sólo podía hacerlo una mujer torpe y borracha. Poco después de lo del móvil, en un estado de embriaguez lamentable, le confesé a través de WhatsApp que me atraía. Sí, fue un arranque de extrema necedad y, para colmo, cuando quise negarlo, me di cuenta de que el daño era irreparable. Ni siquiera atino a recordar la conversación completa porque la borré al día siguiente al releerla, deseando que mi madre al fin hiciese realidad su perseverante amenaza de enviarme a un colegio interno. Lo que sí recuerdo es que le escribí de madrugada. Él se encontraba de viaje, no sé dónde, y se me ocurrió preguntarle qué tal le iba. El intercambio de mensajes fue algo parecido a esto:

Vaya, vaya, ¡qué sorpresa! Hola, Irene.  
Estaba a punto de dormirme. ¿A qué debo el honor de que me escribas a estas horas?

Ni idea. Estoy borracha y me he acordado de ti.

A ver si lo entiendo. ¿Cuando estás borracha te acuerdas de mí?

Más o menos.

¿Más o menos? ¿Eso qué significa?

No logro evocar con exactitud qué le respondí, pero decía algo sobre lo mucho que me arrepentiría de esa declaración a la maña-

na siguiente y mis dudas existenciales acerca de abofetearlo o besarlo.

¡Guau! Me gusta más la Irene borracha.  
Así que quieres besarme... Mmmm...,  
déjame que lo asimile.

Idiota.

¿Eres consciente de que soy tu jefe y  
acabas de decirme que quieres besarme?

¿Eres consciente de que estoy borracha?

Ya, pero los borrachos y los niños dicen la  
verdad.

Sí, y los leggings.

Ay, Irene, Irene...

Víctor, Víctor...

Ja, ja. Vale, quieres besarme. Sabía que  
pasaría.

En serio, Víctor, ¿lo haces a propósito o de  
verdad eres gilipollas?

No puedes decirme esas cosas cuando me  
encuentro a miles de kilómetros de ti.

¿El qué?, ¿que eres un gilipollas?

Sí, eso, y que quieres besarme.



Olvídate de lo segundo, no lo he dicho yo,  
ha sido el alcohol.

Una lástima. Empezaba a hacerme  
ilusiones...

Soy tu empleada y tú eres mi jefe. No deberíamos  
tener esta conversación.

Lo sé. Tampoco debería imaginarte  
desnuda y, sin embargo, es en lo único  
que pienso.

Estoy muy a gusto trabajando en la clínica. No  
quiero que lo estropeemos.

Si no me equivoco, ahora eres tú la que  
me hace proposiciones indecentes.

Yo no te he propuesto nada.

Cierto, dejémoslo en insinuaciones  
indecentes.

Tampoco he insinuado nada.

Sí que lo has hecho. Has dicho que no  
sabes si abofetearme o besarme.

En realidad, en este momento, preferiría  
abofetearte.

Mentirosa.

Tras ese mensaje creo que me despedí diciéndole que por la  
mañana me suicidaría. Él contestó lo siguiente:

No te preocupes, no te lo tendré en cuenta. Si de verdad quieres besarme, esperaré a que me lo pidas cuando regrese a la clínica y no estés borracha.

Eso no sucederá, Víctor.

Oh, ya lo creo que sí, Irene.

Y sucedió... ¡Nos besamos!

Evidentemente, besar a mi jefe a unos meses de las pruebas de acceso a la universidad no ayudó mucho a concentrarme. Claro que no se lo pedí, me besó él, y yo..., está bien, yo me dejé.

Aunque lo mío tenía una explicación. Me había grapado el dedo. Exacto, con la grapadora. Conversando con él en su consulta. Las conversaciones con Víctor podían llegar a ser muy estresantes.

Lo sé, todo fue bastante precipitado. Pero es que con él cualquier cosa podía suceder...

*Sobre las dos menos cuarto de la tarde, Carlos se marchó y yo comencé a recoger mis cosas. A las dos en punto acababa mi turno, y él aún seguía en su despacho. Me llamó por teléfono y me pidió que le imprimiera unos contratos y se los llevara. El simple hecho de estar con él a solas en la clínica me aterrorizó. Cogí la grapadora y, mientras iba ordenando aquellos folios y grapando las hojas, me dirigí presurosa al final del pasillo.*

*La puerta estaba entornada, y la abrí sin llamar.*

*Víctor se hallaba sentado tras la mesa, concentrado en algo que tenía en la pantalla. Se acariciaba la barba con el pulgar.*

*—Aquí tienes —dije ofreciéndole los folios.*

*Yo ya me había quitado la bata blanca que usaba de uniforme, así que él no mostró reparo en repasarle de la cabeza a los pies. Mi indumentaria, ese día, consistía en una sencilla camiseta blanca de manga corta con unos labios rojos de lentejuelas estampados en el centro del pecho y mis vaqueros favoritos, los ajustados con el roto en la rodilla. Como calzado, mis Converse negras. ¿Qué, si no?*

—Gracias —respondió sin apartar sus ojos de los míos.

Me volví sujetando la grapadora con las dos manos.

—Bien, si no necesitas nada más, me marchó, Víctor —comenté, apresurándome hacia la puerta.

—En realidad, quería hacerte una pregunta.

Cerré los ojos antes de volverme de nuevo y cogí aire para enfren-tarme a él.

—Dime.

Él se puso en pie y se acercó hasta quedar a tan sólo dos pasos de mí. Metió las manos en los bolsillos de sus pantalones y ladeó la cabeza para contemplarme. A esa distancia, examiné con detenimiento el color castaño e intenso de sus ojos, rodeado por sus largas pestañas. ¡Dios mío!, era tan guapo que me pregunté si no le dolerían las facciones.

—¿Qué tal la resaca del otro día? —preguntó con su sonrisita car-gante.

Yo enderecé los hombros. Ahí estaba la versión más original y genuina de Víctor, dispuesto a hacerme sentir incómoda y ridícula. Pero no. No iba a consentirlo.

Chasqueé la lengua.

—Jodida, como todas las resacas. Sobre todo, en esas en las que te levantas arrepintiéndote de las tonterías que has hecho, dicho o escri-to borracha.

Él alzó una ceja sin dejar de sonreír.

—¿Muy arrepentida?

—Sí. Mucho —mascullé jugueteando con la grapadora.

—Vale... —Miró al suelo y sacó una mano del bolsillo para tocar-se el pelo. Lo revolvió dejándolo despeinado y tremendamente apete-cible. Luego, su mirada regresó a la mía y avanzó un paso obligándome a alzar la cabeza—. Es decir, que eso de que a veces no sabes si abofetearme o besarme era sólo una tontería.

«Joder, joder...»

Mi estómago se contrajo y no caí en la cuenta de que tenía metido el dedo en la parte peligrosa de la grapadora, con tan mala suerte que los nervios me traicionaron y..., sí, me grapé el índice. Así, tal cual. Una de esas cositas puntiagudas y metálicas se me clavó en la piel y, claro, ya podéis imaginar mi expresión cuando fui consciente de ello.

*Al principio intenté morderme la lengua para acallar el dolor, intenso, punzante en la yema del dedo, pero cuando la agonía ascendió por mi brazo, grité, tiré el maldito utensilio al suelo y, agarrándome la muñeca, me doblé por la mitad.*

*—Pero... ¿qué has hecho? —lo oí exclamar mientras yo me desgañaba maldiciendo.*

*Salí corriendo hacia el baño y Víctor me siguió.*

*Metí el dedo bajo el grifo con la intención de aliviar el dolor, pero reconozco que por un momento no tuve consuelo. Quería llorar y abrazarme en una esquina.*

*—Déjame ver, anda —me pidió sujetando mi muñeca.*

*Me mordí el labio mientras él observaba mi autoflagelación. Creí avistar en su rostro un amago de sonrisa, pero antes de que dijera alguna estupidez más, protesté fuera de mis casillas:*

*—Si te ríes ahora, atente a las consecuencias.*

*Obviamente, yo no estaba en condiciones de amenazar. Y él me ignoró.*

*—Siéntate ahí —me ordenó volviéndose en el reducido espacio para alcanzar el botiquín.*

*Bajé la tapa del retrete y me senté. Mirarle el culo fue lo único que me distrajo del dolor.*

*Él sacó unas pinzas metálicas y cogió un taburete blanco que había junto al lavabo para sentarse frente a mí.*

*—Dame la mano —dijo cuando vio cómo yo la retiraba y me la pegaba al pecho.*

*—Me va a doler —murmuré asustada.*

*Él soltó una carcajada.*

*—Si quieres, te dejas la grapa, y ya de paso puedes decorar el resto de los dedos con clips.*

*—Ja, ja, qué gracioso es mi jefe.*

*—Dame la mano —resopló.*

*Al final, lo hice.*

*Estaba sentado delante de mí, sobre ese diminuto taburete, con las piernas abiertas y aquel polo azul que le quedaba de vicio. Por un momento, deseé haberme grapado los diez dedos sólo para tenerlo un buen rato así y poder contemplar su pelo, sus manos, sus brazos, el*

*vello de su barba a esa distancia. El tono de sus labios, que aún dibujaban aquella sonrisita socarrona.*

*Ni siquiera fui consciente de que él ya había apartado la pieza metálica de mi piel hasta que lo vi mostrándomela.*

*—¿Quieres guardarla de recuerdo? —inquirió con guasa.*

*Aparté la mano cabreada y me fijé en que tenía sangre en la yema.*

*Sentí escozor y me quejé.*

*Él me agarró de nuevo la muñeca y retiró la sangre con una gasa pequeña. Luego se llevó el dedo a la boca y lo chupó.*

*¡¡Lo chupó!!*

*¡¡Mi dedo!!*

*Juro que mi corazón dejó de bombear durante unos segundos. Cuando recuperó la actividad, lo hizo de un modo descompasado y acelerado. La corriente eléctrica que ascendió por mis piernas fue fulminante. Mis hormonas gritaban y se revolvían bajo mi piel. Mi clítoris, mis pezones y todos mis órganos reaccionaron al contacto de su lengua de una forma portentosa.*

*Sus ojos impactaron en los míos mientras continuaba con ese gesto, y yo fui incapaz de reaccionar.*

*Tragué saliva con dificultad.*

*Lo sacó de su boca y examinó la pequeña herida. Volvió a mirarme.*

*—Eso... ha sido muy... inapropiado —comenté cohibida.*

*Él me ignoró y me dio un beso en la palma de la mano. ¡Un beso! ¿Se suponía que ése era nuestro primer beso? Porque lo era, ¿no? Si el gesto de chuparme el dedo me había pillado por sorpresa, lo otro me dejó noqueada.*

*—Sólo estoy curándote. Podrías darme las gracias al menos —murmuró con el rostro a unos centímetros del mío.*

*A través del hilo musical, sonaba la música de la radio, suave, lejana... Y esa versión acústica titulada Firestone, de Kygo, junto con mi incontrolada respiración, era lo único que mis oídos eran capaces de oír. Las notas caían sobre mí, espesas, transformando el aire en una densa turbación.*

*Supe que jamás me olvidaría de la expresión de sus ojos en ese*

*instante, desnudándome, abrasándome... Mis pulmones estaban a punto de pasar a mejor vida.*

*—Has chupado mi sangre. No sabes si... tengo alguna enfermedad contagiosa —musité.*

*Él aún sujetaba mi mano entre las suyas.*

*—Espero que esa enfermedad no me haga ponerme camisetas de Naranjito o hacerme esos cortes de pelo —dijo haciendo un gesto con la cabeza en dirección a mi cabello.*

*—Eres un idiota —protesté.*

*—Ya, pero te gusto.*

*Me deshice de su agarre y lo fulminé con la mirada.*

*—Este juego puede salirnos muy caro a los dos —le advertí.*

*Ambos lo sabíamos. Su seriedad me delató que él también pensaba lo mismo.*

*Hice un intento de ponerme en pie para alejarme de él, pero, sin saber exactamente cómo, acabé con la espalda en una de las paredes del diminuto baño y con él devorándome la boca, comiéndome los labios, saboreándome la lengua, los dientes, y creo que incluso bebiéndose mis ansias de separarme de él. Mi cuerpo reaccionó justo como yo sabía que lo haría ante un momento como ése: contradiciendo a mi sentido común.*

*Dios mío, ¡cómo besaba! Víctor, el gilipollas. Víctor, mi jefe. Aquel adonis arrogante, estúpido y desdeñoso, que estaba más bueno que un bocadillo de Nocilla, me tenía acorralada, inmovilizada contra los blancos azulejos de ese aseo, y yo, extasiada, respondí a su invasión enterrando los dedos en su pelo. Y, aunque era completamente consciente de que ese beso tendría consecuencias desastrosas en mi trabajo, no fui capaz de alejarme de él. No quería. Me era imposible. Estaba poseída por la lujuria del momento, hipnotizada por su olor, su sabor... Sus manos se metieron por debajo de mi camiseta, rodearon mi cintura y recorrieron mi espalda. El tacto de sus yemas en mi piel fue cósmico. Él estaba por todas partes, inundándome con su masculinidad.*

*Quería comérmelo, morderlo, apretarme aún más contra su cuerpo, sentirlo y lamerlo de la cabeza a los pies. Sabía que, si abría los ojos, la realidad me estallararía en la cara como un enor-*

me globo de agua. Así que hice lo propio y continué besándolo. Degustándolo. Mordisqueé su labio inferior y lo oí gemir. Y habría seguido allí de por vida, anclada a él, si nadie nos hubiera interrumpido. De hecho, ahora que lo pienso, creo que ese día habríamos acabado follando como dos locos inconscientes de no ser porque su padre entró de repente y nos pilló dándonos el lote desesperados.

—¡Víctor! —oí que decía una voz grave detrás de nosotros.

El sobresalto fue atroz.

Lo empujé y él se giró inmediatamente para enfrentarse al gesto acusatorio de su progenitor.

El hombre no dijo nada. Sólo lo traspasó con la mirada.

Yo agaché la cabeza adecentándome el pelo y la camiseta. Sentí una vergüenza tremenda.

«¡Maldita sea!», grazné para mis adentros.

Cuando su padre se dio media vuelta y se perdió en el pasillo, vislumbré cómo él, de espaldas a mí, se llevaba una mano al pelo. Tardó unos segundos en mirarme. Ninguno de los dos habló. Yo lo único que quería hacer era largarme de allí. No hacía falta utilizar las palabras para adivinar que se había arrepentido de besarme.

Un horrible presentimiento me impactó en la boca del estómago. La expresión de su padre había sido demasiado severa...

—Irene... —susurró con un tono de lamento cuando fui a salir.

No quise escucharlo. Alcé la mano.

—Víctor, será mejor que olvidemos esto.

Él se humedeció los labios con el cejo visiblemente fruncido, luego asintió.

Me dirigí al mostrador de recepción y, tras colgarme el bolso al hombro, me dirigí a la salida sin mirar atrás. Tenía que marcharme. Alejarme de él.

Vi de soslayo que Víctor volvía a su despacho. Oí voces. Parecían discutir. Agucé el oído.

—¿Qué coño crees que estás haciendo?! —Sin duda, esa pregunta salió de la boca de su padre—. ¿Es que te has vuelto loco?

Él simplemente respondió:

—Cállate, joder.

*Y entonces la frase llegó a mis oídos con nitidez:*

*—Espero que no te hayas olvidado de que Bárbara regresará a España la semana que viene.*

*Cerré los ojos con fuerza, encaminándome hacia la puerta.*

*«Lo sabía. Tiene novia. Maldito hijo de puta», murmuré para mis adentros.*

De ese modo descubrí que mi jefe, además de ser un capullo presuntuoso que me ponía a mil, también tenía pareja.

Pero para que me conozcáis un poco mejor, os diré que tengo un espíritu vengativo bastante escabroso, y mi siguiente movimiento fue arriesgado. Más que nada, por esa manía que tenemos las mujeres de mantener la dignidad intacta.

Los días posteriores al episodio de nuestro primer beso, Víctor se mantuvo huidizo y frío conmigo. Ninguno de los dos mencionamos nada con respecto a lo sucedido. Sin embargo, una tarde que yo paseaba con mi hermano por el centro comercial de Bahía Sur, me lo encontré con una señora que resultó ser su madre. Al principio deduje que la mujer que colgaba de su brazo sería ella, y una amarga sensación me recorrió los huesos. Por entonces, aún no me sentía preparada para verlo con su novia...

Coincidimos en una tienda de ropa y él no dejó pasar la oportunidad de acercarse a mí. Charlamos unos minutos y en aquella escasa franja de tiempo tuve el valor de confesarle que no lo soportaba. Su madre nos interrumpió y él nos presentó. Yo aproveché la oportunidad para enredar más la situación y decirles a ambos que Fran, mi hermano, a mi lado en ese momento, era mi novio.

Un segundo, sólo un tenso e inquietante segundo, duró el contacto visual entre él y yo mientras se alejaba de mí. Podría haber saltado de alegría, celebrando que mi interpretación había sido magnífica. Acababa de devolverle el golpe, pues creyó que Fran y yo éramos pareja. Pero, en vez de sentirme complacida, confirmar que él sentía algo por mí, cosa que probablemente nos complicaría la vida a los dos, me paralizó.

Un rato después, cuando llegué a casa, él me escribió al móvil.



Hoy ni siquiera me has dejado hablar, y necesito decirte un par de cosas. La primera: mi madre piensa que eres muy guapa. Y la segunda: creo que te has pasado bastante diciéndome que no me soportas.

**Mi respuesta fue breve. Recurrí a los benditos emoticonos. Un avión, un tren, un coche y una moto.**

¿Ya estamos con los acertijos?

¿No lo entiendes? Es fácil. Significa que elijas en qué transporte puedes irte a la mierda,  
Víctor.

Entiendo. ¿Tan cabreada estás?

No estoy cabreada. Simplemente quiero que tengamos una relación laboral normal.  
¿Es mucho pedir?

Para nada. Es lo justo. Llevabas razón.

¿En qué parte, concretamente?

En la de que no debería haberte besado.

Vaya, ¿ahora tienes remordimientos? ¿Hasta ahora no te has dado cuenta de que no debes besar a tus empleadas porque tienes novia?

No. No es por eso.

¿Ah, no? ¿No tienes novia? ¿O no tienes remordimientos?

Sí, Irene. Tengo una relación.  
Es complicado...

No tiene nada de complicado, Víctor. Tú tienes novia y yo acabo de empezar a salir con alguien.  
Fin del asunto. Piensa en los transportes y elige el que más te guste. Chao.

Quédate tranquila, atenderé a tu petición de una relación laboral normal, pero necesito que sepas que no debería haberte besado porque ahora ya no quiero besar a nadie más. Chao, Irene.

Conservé esa conversación en el móvil. Esta vez no la borré. De hecho, la releí mil veces.

Aquel lunes volvería a verlo de nuevo después de una semana sin saber nada de él. Mi intuición me decía que ese día aparecería por allí e incumpliría su palabra de mantener conmigo una relación laboral normal. Todo indicaba que la nuestra sería la típica historia de «jefe y empleada». De ser así, en esa historia, seguro que yo salía perdiendo.

Estaba a punto de cruzar el umbral y aún no tenía ni idea de lo mucho que iba a cambiar mi vida.